men precioso de la beneficencia, fomenta ésta, la recomienda, la recompensa. En vez de condenar la sensibilidad de los dolores, que son inseparables de nuestra naturaleza, exhorta al sufrimiento, á la paciencia, inspira hasta alegría, en medio de los padecimientos, por el deseo de sacrificarse en honor de Dios, y de obedecer á su santísima voluntad; y en vez de la ostentacion vana, que afecta parecer lo que no es, comunica á la verdadera sabiduria aquella magnanimidad heróica, que sin ocultar las debilidades inseparables de la humanidad, sabe separarlas, y someter todas las facultades del alma á la voluntad de su Criador.

La antigüedad nos ha conservado la memoria de dos amigos, que se disputaron la gloria de morir el uno por el otro; pero la gloria de un semejante amor, será siempre contraria al órden de la naturaleza. Jesucristo, infinitamente sabio, nos manda amar á todos los hombres, y á nuestros enemigos, como á nosotros mismos.

Para asegurar la felicidad y libertad de los ciudadanos, soñó una falsa política igualar todas las condiciones. Mas aun cuando esto fuese posible, nunca seria duradero; y por tanto viciosas serian las leyes que la acordasen. Jesucristo no alteró, dejo subsistente la diferencia de condiciones y la desigualdad de bienes, que mantienen la emulacion, y sirven á la armonía de la sociedad por me

dio de la dependencia que así se conserva en ella: pero estableció, bajo otro respecto, una suerte de igualdad mas noble, mas dulce para el corazon humano, mas interesante á los hombres, mas favorable al órden público ordenando la caridad, que une á todos los ciudadanos como hijos de una misma familia, cuyo padre es: que derrama sobre el indigente la abundancia del rico, y hace que el poder de los grandes sirva para protejer al débil. No nacen los desórdenes de la sociedad, de la desigualdad de las condiciones; sino de los vicios que las depravan, y condena Jesucristo.

Para defender á los súbditos de la opresion del despotismo, les han otorgado los filósofos modernos el derecho de juzgar á sus soberanos, y el de hacerlos bajar del trono. Esto es encender en la sociedad el fuego de las guerras civiles, y sumerjir á los pueblos en los horrores de la anarquía, sin remediar los abusos del poder. Jesucristo ha instituido una autoridad sobre los reyes que lleva el sello de su mision divina; autoridad, que sin mezclarse en los derechos de la soberanía, sin salirse ella misma de la dependencia que debe tener en el órden social, reina sobre ellos en el órden religioso; autoridad que les habla en nombre de Dios vivo, á la cual no es posible imponer silencio; que siempre se muestra la protectora incorruptible de la justicia; y es el único dique que los pueblos

oprimidos pueden oponer á la tirania de los despotas.

El amor al bien público no era entre los antiguos mas que un cruel egoismo patriótico, cuya gloria consistia en destruir las naciones, para estender los límites de sus dominaciones. Un filósofo de nuestros dias (1) lo establece como un principio fundamental de su moral, sin concebir siquiera, que las virtudes sociales pudiesen estenderse mas allá. Pero Jesucristo quiere que todas las naciones se miren como familias de un mismo pueblo, del que es su Monarca supremo, y dando la preferencia al amor por la patria, manda al mismo tiempo que seamos justos y benéficos para con todos. Por lo mismo todos los pueblos de la tierra, no son á los ojos del cristiano mas que un solo y mismo pueblo; y los ministros que los gobiernan, pastores de un solo rebaño. Si á las veces dividen á este pueblo intereses temporales, la religion predica á todos un Evangelio de caridad; y combatiendo la ambicion que los alarma, procura apagar el fuego de la guerra. El gefe supremo de la Iglesia, Padre comun de los fieles, viene á ser como un mediador natural para terminar estas discordias; y siempre que su voz sea atendida, no podrá menos de establecer la paz.

---

1 Helv. de l'Esprit.

Entre los antiguos sabios, la moral estaba casi siempre separada de la Divinidad; mientras que en la religion de Jesucristo, Dios solo es el principio, el centro, el fin de todas las virtudes; y su ley santa, por consiguiente, el fundamento de toda la moral.

Para anunciar al universo esta ley celestial, envió Dios sobre la tierra á su Hijo unigénito, con los caracteres mas seguros de su divina mision. Prometido á los hombres desde el principio de los tiempos, y anunciado succesivamente por los profetas, este enviado del cielo cumplió en su persona todos los oráculos sagrados. Jerusalen vió con asombro sus prodigios y virtudes. Murió como Dios, y resucitó del mismo modo. Testigos oculares, que sellan con su sangre el testimonio de sus dichos, publican sus virtudes y milagros. Confirmáronlos multitud de judíos que se convirtieron. Quedaron autenticados en todas las partes del mundo, por la enseñanza pública de las iglesias primitivas que fundaron los apóstoles y sus discípulos, en cuyos escritos se hallan consignados; escritos que desde luego se tradujeron á diversos idiomas, y se comentaron. Estas versiones y comentarios repetidas infinidad de veces por la redondez del globo, son como otros tantos testigos, que por do quiera deponen en favor de al integridad y autenticidad de los libros sagrados, y

cuya falsificacion se hace cada vez mas imposible á proporcion que se alejan de su orígen.

La religion consignada en este código celestial, esta religion que nació de la sangre de su divino Fundador, que se perpetúa, que se propaga succesivamente en todos los paises del mundo, que se conserva siempre pura, siempre una, que produce en todos los tiempos las mas grandes virtudes, publica por sí misma en todos los siglos, con su santidad, con su perpetuidad, con su inmutalidad, con su eficacia, con su fecundidad, la asistencia del Omnipotente que la fundó. Por todas partes ilustra, por todas partes convierte; y acomodándose á la capacidad é índole de cada uno, á todos muestra, su orígen divino. Las almas sencillas encuentran allí las virtudes cuyo gérmen deposita en el fondo de sus conciencias. Los genios mas elevados descubren una sublimidad que los admira y confunde. Los corazones sensibles son atraidos por el espíritu de caridad que inspira. Los sabios se convencen tambien de su divinidad, por lo estupendo de los milagros, y por el cabal cumplimiento de los oráculos. Los mismos impíos, publicando que el Evangelio es impracticable, dan testimonio, sin querer, de la virtud divina que lo hace practicar. De suerte que así como la religion es tan esencialmente una, que no puede separarse la mas pequeña cosa, sin que deje de alterarse todo

lo demas; así tambien las pruebas que evidencian su divinidad están tan íntimamente enlazadas con los principios de la recta razon, que negándose, vendrian á tierra todos los fundamentos en que estriban los conocimientos humanos.

Y en efecto: si es posible que el concurso de todas las señales de la mision divina de Jesucristo, que los milagros de su omnipotencia, que la belleza y sabiduría de su moral, que la perpetuidad de su reino, que el cumplimiento de tantas profecías; si es posible, decimos, que todo esto no sea mas que obra del acaso, forzoso seria añadir que no existia Providencia que vele sobre la salud de los hombres, y que las maravillas de la naturaleza son solamente consecuencias de un concurso fortuito de circunstancias. Mas si no hay Providencia, tampoco habrá ley primitiva que mande obedecer á los príncipes; y las leyes humanas, por consiguiente, no teniendo otro fundamento que la autoridad del hombre, carecen de sancion legítima para obligar las conciencias; y por tanto la fuerza será la sola reguladora del imperio de la ley. Si los hechos que se refieren en la Historia Sagrada pueden ponerse en duda, no habrá cosa alguna de que no sea lícito dudar; pues ninguna se encontrará, que se halle apoyada sobre tantos y tan incontestables testimonios ni sobre una tradicion tan auténtica y tan universal como aquellos.

Si es permitido dudar de la sinceridad de los testigos que fueron dechado de todas las virtudes, y que sellaron con su sangre la verdad de sus testimonios, podrá negarse la fé á toda clase de testigos; y no habrá monumentos, ni habrá títulos, cuya autenticidad deba admitirse. Si se atribuye á la exaltacion de la fantasía el que una multitud de testigos creyesen ver, oir y tocar lo que realmente no existia, ¿cómo podrémos certificarnos de la realidad de lo que creemos percibir? ¿Sobre qué títulos, sobre qué testimonios, sobre qué pruebas librarán los magistrados la certeza de sus juicios, para condenar al criminal al último suplicio? Si la curacion súbita de los enfermos, de los estropeados, de los ciegos de nacimiento; si la multiplicacion de los panes, si la resurreccion de los muertos; si todos estos portentos son solo efecto natural de causas desconocidas, y si el que un hombre, á quien se vió espirar en medio de los tormentos, resucite y suba al cielo, se atribuye á una consecuencia natural de las leyes del movimiento, entonces forzoso seria confesar, que nada hay cierto en el órden de la naturaleza. Todas las nociones de la física y de la historia, todos los principios de gobierno, todo el órden de la justicia, todas las virtudes sociales, serán nada mas que un problema; y el hombre se verá reducido á la desesperacion, no pudiendo saber cosa alguna.

En vano se ha pretendido confundir los asombrosos milagros de Jesucristo con maravillas de fábulas mentidas, para oscurecer así los rasgos de su mision divina: la mas ligera comparacion entre unos y otros basta para conocer el abismo que las separa.

Los antiguos legisladores quisieron pasar por inspirados del cielo. ¿Pero, y las pruebas? ¿No servirán para convencerlos de impostores, los muchos vicios de que sus leyes adolecen, los desórdenes y aun absurdos que en ellas se encuentran solemnizados? Jesucristo publicó la mas santa, la mas perfecta de todas las leyes; y aprobó su mision con señales las mas manifiestas.

El paganismo se gloría de sus oráculos: ¿pero qué oráculo anunció jamas un acontecimiento imposible de preverse? En la religion de Jesucristo es una cadena inmensa de acontecimientos, que el espíritu humano no podia imajinar; acontecimientos que dependian de una multitud de causas libres; acontecimientos predichos y cumplidos fielmente; y que como otros tantos rayos de luz comunicados mucho antes á los profetas, concurren en un foco comun, para formar el cuadro magnífico de Jesucristo y de su Iglesia.

Las fábulas refieren prodigios: pero ¿podrá citarse uno tan siquiera, que brille en él por su certeza, la sabiduría y omnipotencia divina? Jesucristo

obró los mayores milagros: todos los obró del modo mas sencillo, los obró todos en beneficio de los hombres, ninguno por ostentacion: todos están comprobados por testigos oculares libres de sospecha, y en quienes se halla la mayor sinceridad; y aun muchos de estos milagros los confiesan los enemigos de Jesucristo.

Un senador romano aseguró con toda gravedad en la asamblea del pueblo, que Rómulo se le habia aparecido por la noche en medio de los dioses prometiendo á Roma el imperio del mundo: con cuyo ardid logró calmar el furor de los soldados que sospechaban de que los senadores habian hecho perecer á Rómulo. Siete centurias habian ya trascurrido, y Roma era señora del universo, cuando un escritor (1) soltó, como por acaso, este rasgo histórico, sin atreverse á afirmarlo. Jesucristo, despues de haber espirado sobre la cruz, apareció por el espacio de cuarenta dias á sus discípulos; y en una ocasion, á mas de quinientas personas á la vez: y estos son los testigos que publicaron haberle visto, muchos de los cuales conversaron y comieron con él. La relacion del senador salvó al senado: mas los apóstoles sellaron con su sangre el testimonio de haber visto á Jesucristo: y lo afirmaron en un tiempo en que el mundo

1 Tito Livio.

entero se conjuraba contra la religion que enseñaban; asegurando entonces mismo que Jesucristo les habia prometido que todas las naciones vendrian á adorarle, y que su imperio se perpetuaria hasta la consumacion de los siglos.

Que un conquistador predique en el Asia con el alfanje en una mano y el Alcoran en otra, y que haciendo sus succesores otro tanto lograsen que pueblos semibárbaros, embrutecidos con los vicios mas groseros, abrazasen una religion toda carnal, favorable á las mas brutales pasiones, cosa es muy natural; pero que los discípulos de un Dios crucificado prediquen una ley que contradice todas las pasiones, y que solo promete cruces y persecuciones en este mundo; que la prediquen en medio de naciones las mas corrompidas; y que estos hombres, pobres, sencillos, desprovistos de todos los medios humanos, que encuentran conjurados contra sí á los reyes, á los sabios, las preocupaciones, las supersticiones, en una palabra, las pasiones todas del corazon humano, y todas las potestades de la tierra, triunfen de todo, y logren estender el reino de Jesucristo mas allá de donde avanzaron los mas grandes conquistadores de la tierra: que todos los reinos del mundo pasen y que el reino de Jesucristo, fundado por doce pobres pescadores, subsista inmóvil, jamas semejante portento podrá esplicarse de otro modo, que reconociéndolo obra de la om-

nipotencia de aquel que con un imperio absoluto gobierna el universo entero.

Admírese en hora buena el valor de aquellos hombres de sangre, que han soportado con constancia los trabajos y fatigas de la guerra; que han desafiado á todos los peligros, y triunfado de todos los obstáculos para fundar vastos imperios. ¿Pero no es cierto que en el corazon del hombre se halla un ajente natural, capaz de exaltar y de fomentar el valor para tales empresas? Sí, ciertamente; el amor desordenado de sí mismo, el deseo de dominar, de avasallar, de acumular tesoros, de admirar al universo, de cubrirse de gloria y trasmitir su nombre á la posteridad, es este resorte poderoso que obra en el hombre; pero acometer una empresa mas grande, y mas difícil todavía, y sacrificar para ello todo el interes del hombre, que es el único móvil de sus grandes esfuerzos, sacrificar el interes de las riquezas, y el de la gloria; entregarse á sí mismo á los oprobios, y á los suplicios, ¡ah! semejante heroismo solo puede ser efecto de una virtud divina.

Aléguenos ahora el incrédulo la buena fé para justificar su obstinacion: ¿podrá acaso la buena fé resistir á la evidencia de las pruebas? Despues de cuanto llevamos dicho, apelamos á su propia conciencia. Que nos responda: ó por mejor decir, que responda á aquel que escudriña lo mas oculto de

los corazones. ¡Ah! ¿De qué le aprovechará efectivamente el engañar á los hombres, engañarse á sí mismo, si no puede librarse de las miradas de Dios? Que se responda, pues, á sí mismo, y que responda á Dios. ¿No principió por perder las costumbres, para haber perdido despues la fé? ¿No deseaba sacudir un yugo, que reprimia sus pasiones, antes de renunciar al Evangelio? ¿Se ha dedicado, al menos, á conocer la religion de Jesucristo antes de blasfemar de ella? ¿Por qué si no tanto empeño, tanta predileccion por las obras, que se burlan de ella? ¿Por qué tanta indiferencia por los apologistas que la defienden? ¿No lee, con el deseo de confirmarse en la incredulidad, mas bien que de instruirse? ¿En qué consiste, que los mismos principios que no duda admitir como tales para otros asuntos, los mira luego despues como problemas cuando se trata de probar con ellos la mision de Jesucristo? ¿Por qué contradecir con tanta obstinacion los hechos consignados en la historia mas auténtica del mundo, é ir luego hasta el último estremo del globo á buscar autoridades en las historias mas sospechosas para combatirlos? ¿Por qué esta horrible liga contra una religion, cuyas máximas, por lo menos, se ve forzado á respetar; y al mismo tiempo tanto celo para propagar el filosofismo de una moral impura y mortífera, que le haria estremecer de espanto si la

viese practicar á su muger, á sus hijos, á sus criados, á la sociedad en que vive, á los magistrados á quienes pide justicia, ó al príncipe que gobierna? ¿Por qué guardar silencio sobre las máximas atroces de la incredulidad, y desatarse con tanto furor contra las pretendidas supersticiones, que á lo sumo, no podrian ser mas que cosas muy frívolas? ¿Por qué reclamar tolerancia en favor de los corruptores de la sociedad, y destilar la hiel y rabia mas feroz contra los ministros de una religion enemiga siempre del vicio, y siempre amiga del hombre? ¡Ah! todo esto nace, de que el impío desea vengarse de una religion que acibara sus placeres, con las amenazas de un Dios vengador del crímen. No esperemos, pues, que nos responda. Su pretendida buena fé, es solo un vano pretesto. No es el conocimiento, no, el que le falta: es, sí, la rectitud de corazon. *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad para el que desea conocer su ley* (1). Pero esta misma ley es una piedra de tropiezo para el que huye de la luz. Los fariseos pedian nuevos milagros para creer, y Jesucristo les respondió: *El que quiera hacer la voluntad de mi Padre, conocerá si mi doctrina viene de*

1 Universæ viæ Domini misericordia et veritas, requirentibus testamentum ejus, et testimonia ejus. Ps. 24, v. 17.—

Dios (1). Y ved aquí lo que diriamos tambien nosotros al incrédulo, si nos pidiese nuevas pruebas, mientras cierra sus ojos á la luz.— *Que busque sinceramente la verdad; y la verdad que ahora teme ver se le presentará naturalmente cuando desee con sinceridad conocerla, y se halle resuelto á seguirla.*

1 Joan. 7, 17.

FIN.